

## VALLET DE GOYTISOLO CUMPLE NOVENTA AÑOS

POR

MIGUEL AYUSO (\*)

Juan Vallet de Goytisolo, príncipe de los juristas hispanos de la segunda mitad del siglo XX, cumple noventa años. Francisco Elías de Tejada, coetáneo suyo, pero malogrado en plena madurez hace casi seis lustros, escribió de él que era maestro en técnica, ciencia y filosofía del derecho. Jurisconsulto total. Lo que es mucho decir. Aunque, en el presente caso, de estricta justicia.

Vallet, notario ejemplar desde principios de los años cuarenta hasta bien entrados los ochenta, en profesión ejercida sacerdotalmente, por extraño que pueda parecer hoy a algunos con el mudar de los tiempos y, por qué no también, la sempiterna envidia. Notario, que es lo mismo que decir hombre de buena fe, pues —en sus palabras— “la buena fe ha de sentirse, pues la imposición no creída se derrumba rápidamente”. Vallet, convertido en abogado, desde su jubilación a los setenta años, informando con jovialidad de espíritu, hasta fechas recientes, ante la Sala de lo Civil del Tribunal Supremo y resolviendo en equidad o según ley, pero siempre en derecho, arbitrajes delicados. Vallet, también tratadista, sin abdicar de su condición de jurista práctico, y con precoz madurez, en los mismos años cuarenta, en variadas materias del derecho civil, y singularmente del derecho sucesorio, en el que

---

(\*) El pasado 21 de febrero cumplía Juan Vallet de Goytisolo noventa años. El secretario de redacción de *Verbo* redactaba estas cuartillas dirigidas al diario nacional que habitualmente acoge sus colaboraciones con la intención de homenajear a nuestro querido director. Aunque el origen del texto lo condicionan, como no puede ser de otra manera, lo reproducimos con idéntica intención (N. de la R.).

ha dejado —en opinión de algunos de sus máximos cultores en la cátedra— “una contribución impar”.

En todo momento, sin embargo, no simple técnico que aplica leyes, ni siquiera científico que las integra en un sistema, sino jurisprudente que —en la inmortal definición de Ulpiano— ejerce el arte de lo justo, discerniéndolo de lo injusto, valiéndose del conocimiento de las cosas divinas y humanas. Por ahí, pronto había Vallet de acceder a la filosofía, y —de nuevo en palabras prestadas del *Digesto*— a la verdadera, no a la aparente. Principalmente a la filosofía práctica, jurídico-política, es cierto, pero no sin incursiones en la teorética, metafísico-gnoseológica. Así, su obra escrita de los últimos veinte años se ha contraído en especial a este quehacer, en su vertiente de metodología jurídica, objetivada en varios miles de páginas, cuyo mayor valor —como quiera que sea— no se mensura según el sistema métrico decimal.

En tal sentido, quizá se halle Vallet entre los más conspicuos conocedores del pensamiento de Santo Tomás de Aquino, contándose entre los fundadores de la sociedad internacional que se acoge a su patrocinio y habiendo sido presidente durante algunos años de su sección española. También, académico, y doblemente, lo que es menos frecuente aún: de la Real de Jurisprudencia y Legislación, desde 1963, de la que ha sido secretario general y presidente; y de la Real de Ciencias Morales y Políticas, desde 1986, reconocimiento tardío —escribí entonces en *ABC*— del valor de su obra filosófica, política y social. Hoy Vallet es el académico más antiguo de la primera, en la acepción latina de antigüedad evocada por uno de sus compañeros en la Corporación: *antiquior ei fuit laus quam regnum*, es decir, siempre dio preferencia al cumplimiento del deber que a la extensión de su poder. Esa es la clave de su escuela, que se funda en la amistosa búsqueda en común de la verdad, algo inédito e incluso inaudito entre las banderías (¿jaurías?) que campean en nuestra Universidad.

Generoso no sólo con el disponer de sus saberes, desde finales de los cincuenta acometió, de la mano del inolvidable Eugenio Vegas Latapie, mayor que él diez años y un día, una obra de apostolado intelectual que llega hasta el presente: la revista *Verbo* y los amigos de la *Ciudad Católica*. A ellas ha consagrado —y no es

casual o retórico el término— también partes de su tiempo y hacienda. En ellas he tenido la gracia de tratarle, no una vez, sino varias por semana. Desde hace casi treinta años. Y hasta hoy, en que raro es el día que no hablemos por teléfono para tratar de la preparación de los números de la revista y de la “acción cultural según el derecho natural y cristiano” que está en su base. Cerca de cincuenta años de promoción de la doctrina social y política de la Iglesia, siempre con docilidad a su magisterio perenne, a menudo pese a sus tomas de posición contingentes, con frecuencia por ello —tras el II Concilio Vaticano— en soledad apenas acompañada. *Verbo* y la *Ciudad Católica*, son, en este sentido, una de las principales obras del pensamiento tradicional español y aun hispano. Un tradicionalismo que, hoy igual que ayer, considera —según dejó escrito un notable historiador y filósofo social en los años cuarenta— que la estabilidad de las existencias crea el arraigo, origen de dulces sentimientos y sanas costumbres; éstas cristalizan en saludables instituciones, las cuales, a su vez, conservan y afianzan las buenas costumbres. Arraigo existencial, buenas costumbres, instituciones edificantes... Quizá parezcan un pensamiento y un lenguaje periclitados. Pero, si se piensa serenamente un instante, es posible que haya de concluirse que son el único lenguaje y pensamiento posibles. El Reinado social de Jesucristo no es una simple opción. Cada vez menos. Napoleón III dijo en una ocasión que no había llegado el tiempo de que Jesucristo reinara. Y hubo de escuchar la réplica del Cardenal Pie de que entonces no era aún momento de que los gobiernos duraran. Hoy quizá se perciba en la frase un eco singularmente profético. Por eso, la Ciudad Católica, con distintos tonos y acentos, aunque centrada en la concreción de la sociabilidad natural del hombre en cuerpos intermedios, reglada por el principio de subsidiariedad, no se ha movido un milímetro de la tesis del Estado católico. Por más que le acechen las hipótesis, ayer modernas, hoy postmodernas, de quienes siempre están ágiles en replegarse a la trinchera demócrata-cristiana del propagar e influir.